

CINCO AÑOS DE VIDA EN INFIERNO

por Lozer Jakubowicz, EE.UU.

Tan pronto como los alemanes entraron en Kutno, en septiembre de 1939, comenzaron a obligar a la población judía a trabajar, acompañados de palizas, insultos, risas hacia las víctimas y también – los asesinatos. A los asesinos les encantaban los "*łapanki*"¹, que capturaban inesperadamente a personas inocentes en las calles y en los negocios, para encarcelarlas y luego llevarlas a trabajar en *katorga*².

Una vez capturaron a varias docenas de judíos y los encerraron en una... iglesia. Nos quedamos allí toda la noche, sin saber qué iban a hacer con nosotros. Alrededor de las 8 de la mañana llegaron los coches a la iglesia, en los que golpearon a los judíos detenidos y los llevaron a Łęczyca. Aquí volvieron a infligirnos los golpes mortales y nos devolvieron a Kutno.

Un domingo de julio de 1940, se propusieron deportar a todos los judíos de Kutno al gueto. El tiempo asignado – varias horas. Aunque los campesinos de los alrededores necesitaban proporcionar carros para transportar a los judíos con sus pertenencias a *Konstancja*, no había suficientes carros. La mayoría tuvo que hacer el largo camino a pie, cargando fardos y bultos sobre los hombros o con las manos. Tenía carro, pero sin caballo. Esperaba un caballo hasta el último momento, pero un alemán no me dejó subir al carro. Tuve que caminar a pie hasta *Konstancja*.

Al llegar, no quedaba espacio en el edificio medio en ruinas de una antigua fábrica de azúcar, que llevaba 30 años inactiva. Con dificultad se podía encontrar un rincón detrás del propio techo del recinto. Cuando los días eran cálidos, los agricultores venían al gueto y vendían sus productos. Con la llegada del otoño, el barro y el frío invernal, el comercio con el pueblo prácticamente cesó.

Los habitantes del gueto eran arrastrados a diferentes trabajos forzados cada día, y cuando este no era el caso, todos los que abandonaban el gueto debían regresar al anochecer a *Konstancja*. Estábamos custodiados por alemanes étnicos³. Si alguien se acercaba a la valla del gueto, disparaban sin previo aviso. Con la llegada del invierno, como no había médicos ni medicinas disponibles, las enfermedades en el gueto también aumentaron. El aislamiento del gueto se hizo aún más estricto, el hambre y diversas enfermedades provocaron muchas muertes. Sólo un barbero-cirujano, *Aspirsztajn*, estaba disponible para ayudar a la desafortunada población.

Los alemanes a menudo fotografiaban y filmaban la vida en el gueto, o cuando cargábamos los escombros de la antigua fábrica de azúcar en los carruajes. Todos hemos sentido la cuerda apretándose alrededor de nuestro cuello.

Los decretos y las persecuciones se intensificaron. La pobreza y el hambre prevalecían prácticamente en todos los hogares del gueto.

Mi huida a Żychlin

No quería quedarme en el gueto. En una noche fría y oscura logré sobornar a un guardia alemán y a pie partí hacia Żychlin, donde estaba la familia de mi esposa. Al llegar al gueto, los judíos creían que quería comprarles o venderles algo. No me reconocieron: estaba tan congelada. No fue hasta que dije quién era que me presentaron a mi cuñada. Juntos decidimos traer a mi esposa y a mi hijo del gueto de Kutno.

Por la mañana, un miembro del *Judenrat* de Żychlin se dirigió en un carruaje a Kutno. Le entregó a mi esposa nuestra petición de que intentara venir a Żychlin, y ella logró que un oficial alemán, que era un "reparador" en el gueto, le permitiera mudarse al gueto de Żychlin. Estuvimos juntos en la ciudad durante dos meses y resultó que así podría ser como sobreviviríamos a la guerra.

Un día los alemanes ordenaron a un *obławę*⁴ en el gueto para conseguir mano de obra para trabajar. También fui miembro del grupo requisado para Camp Rabe. Tuvimos que construir una autopista.

De campo en campo

El primer anciano de mi campamento se llamaba Hart. Un sádico asesino, que ataba a un poste a un detenido que no le gustaba y lo mantenía sin comer ni beber todo el día. El castigado tuvo que dejar de lado sus necesidades fisiológicas. Cuando desataban al hombre, normalmente estaba medio muerto.

En este campo, la gente tenía que caminar seis kilómetros para ir al trabajo todos los días y la misma distancia para regresar después del trabajo. Por otro lado, en el segundo campo al que nos trasladaron, *Fallenfeld*, recorrimos la autopista en un tren local. Allí todos hemos soportado el puño brutal y las tendencias sádicas de un *bafir*⁵ SS. Solía golpear a la gente con una pala sin piedad y, cuando hacía calor, se refrescaba con un balde de agua fría para asestar más golpes.

En el tercer campo, *Deutscheyer*, también había un *bafir*, apodado "*Tygrys*"⁶. Su verdadero nombre era *Metke*. Cuando empezó a golpear a alguien – y esto le pasaba muy a menudo – ninguno salía vivo de sus manos.

Después de que se detuvo la construcción de la autopista, nos llevaron a un cuarto campo, donde se encontraban prisioneros de guerra franceses. Aquí estábamos haciendo trabajo de campo, cortando árboles en los bosques y luego talándolos. Más tarde nos trasladaron

¹ NdT: polaco, "redadas".

² NdT: polaco, campo de concentración, castigo forzoso, similar al *gulag* de la URSS.

³ NdT: personas de ascendencia alemana, cuyas familias se han establecido en Polonia.

⁴ NdT: polaco, selección.

⁵ NdT: probablemente una abreviatura del alemán "Blockführer" ("Líder de bloque"), una tarea generalmente encomendada a un cabo SS.

⁶ NdT: polaco, "Tigre".

al campo de cuarentena de Wiesengrund⁷, donde ya no trabajábamos. Desde allí el camino conducía a Auschwitz.

En Auschwitz

En carros cerrados, como bestias, nos llevaron a Auschwitz. Tan pronto como nos sacaron de los carros, todos estaban en fila. En ese momento no sabía que así envían parte del transporte directamente a las cámaras de gas. Por el momento me quedé en el campo, por los trabajos duros y el dolor. En una mesa larga, alguien me tatuó un número en la mano: 141154.

Por la noche aparecieron unos hombres de las SS y, sin motivo alguno, empezaron a golpearnos hasta hacernos sangrar. Esto duró unos días, hasta que nos trasladaron a un nuevo lugar, cerca de una mina de carbón. Aquí construimos el cuartel y otras instalaciones del campamento. Cuando todo estuvo terminado, seguí trabajando con otras veinte personas en el terreno, pero era mucho peor que bajo tierra, en la propia mina. Nos dirigía un kapo que superaba a las SS en asesinatos. Le ordenó que se agachara y le golpeara las nalgas con un bastón. Mis nalgas estaban negras y azules por los golpes, no podía caminar ni sentarme. Cuando descansó, todo estaba roto y picado. Después de pasar unas semanas en la mina de carbón, no podía caminar, tenía que andar a cuatro patas. De los veinte de mi grupo, muchos ya habían desaparecido. Habían sido asesinados.

Un día me metieron en un carrito y me llevaron al campo porque no podía caminar. Estaba seguro de que ahora se acercaba mi fin. Por la mañana no pude levantarme para ir a trabajar. Apenas me arrastré hasta el pase de lista. En ese momento, se seleccionaron varias personas en el crematorio. Pedí ir con ellos. Me enviaron al hospital, de donde no regresé. Allí el servicio era sólo para judíos. Mi vecino era un judío de Kutno, Berel Balzamowicz. Estuvimos muy contentos y nos contamos nuestras experiencias hasta nuestra llegada aquí.

Cuando me sentí un poco mejor, pedí volver al campamento, porque sabíamos que desde el hospital llevaban a la gente directamente a la cámara de gas. Esta vez me obligaron. Arrastré piedras pesadas y comencé a perder mis ya débiles fuerzas. Cuando nos dejaron pasar lista y empezaron a ordenar "derecha" o "izquierda", estaba seguro de que esta vez mi suerte estaba echada. La selección terminó eligiendo a 293 internos y a mí entre ellos. Nos apiñaron en un ático, donde permanecemos acostados durante 44 horas sin una gota de agua, sin comida. Luego, nuevamente una selección. 70 personas incapaces de trabajar fueron enviadas a la perdición. Yo y el resto del grupo fuimos trasladados a "Buno"⁸.

El frente se acerca

En el campo "Buno", una rama del enorme campo de exterminio de Auschwitz, trabajamos en las condiciones más difíciles. Un día nos ordenaron recoger

⁷ NdT: entre Berlín y Dresde, cerca de la actual frontera polaca.

algunas cosas y empezamos a marchar. Por supuesto, no nos dijeron adónde íbamos, pero teníamos la sensación de que el campo estaba siendo evacuado debido a la proximidad del frente.

No podría haber una designación más apropiada para tal evacuación como "marcha de la muerte". Los miserables habitantes del campo, esqueletos vivientes, exhaustos y atormentados, eran conducidos a pie, en días y noches helados, mientras su vestimenta no era suficiente ni siquiera para una fresca noche de verano. Todos los que bajaban del transporte o mostraban debilidad eran fusilados sin piedad. Los asesinos no dejaron de golpear con las culatas de sus rifles, las *nahajkas*⁹ y los largos látigos. Todo el camino a Buchenwald estuvo cubierto de participantes caídos y baleados en aquella terrible marcha.

No estuvimos mucho tiempo en Buchenwald. Seleccionaron nuevamente a unos 400 hombres y nos metieron en carros cerrados. En el camino, los aviones estadounidenses atacaron y el tren fue bombardeado e incluso disparado con ametralladoras. Por supuesto, pensaron que se trataba de un transporte militar. El guardia corrió y algunas de las personas encerradas lograron forzar la puerta; sólo entonces los pilotos vieron que se trataba de prisioneros del campo. Pero ya era demasiado tarde. Unos 200 de nosotros murieron en el bombardeo.

Tan pronto como los aviones partieron, el guardia nos metió en los vagones (otra locomotora tuvo que remolcarlos porque la nuestra había sido destruida) y nos llevaron a otro campo. Creo que se llamaba "Gurhartz". Tuvimos que retirar piedras de un enorme túnel con carros. Dentro del túnel había una fábrica de aviones subterránea. De todas mis experiencias en los campos, he aprendido que uno es peor que otro. Lo mismo ocurría con el campo actual. Mientras los militares cocinaban patatas allí, nuestra comida consistía únicamente en cáscaras. La gente dormía en el suelo, cubierta con un poco de paja escasa. Pero estaba lleno de piojos y pulgas. Miles, sino millones, invadieron nuestros cuerpos. Más de una vez me he preguntado: ¿cómo es posible que una persona aguante todo esto?

El domingo descansamos medio día. El "descanso" consistía en recoger todos los cadáveres y enterrarlos en una gran tumba.

La liberación

Sin embargo, estábamos sintiendo la agonía del hitlerismo, que estaba recibiendo duros golpes por todos lados. Fuimos evacuados nuevamente. Las marchas de la muerte continuaron. Los animales nazis seguían siendo igual de sádicos para los desafortunados prisioneros del campo, aunque su derrota ya era evidente. La gente no llevaba sin comida ni bebida. me desmayé. Por suerte, yo estaba en medio de la columna, no desde abajo, porque allí el guardia pronto me dispararía. Llegó una orden: "¡Alto!" – y algunos compañeros me animaron. Ahora la gente

⁸ NdT: campo de concentración de Monowitz-Buna, a 2 km al este de Oświęcim (Auschwitz).

⁹ NdT: polaco, látigo trenzado con mango corto.

descansó un poco y eso me salvó. Empecé a lamer nieve y refrescarme un poco.

No lejos de Wittenberg, a orillas del río Elba, volví a debilitarme durante la marcha. Un judío de Varsovia me apoyó y me llevó durante un tiempo. Ninguno de los guardias notó mi debilidad. A medida que nos acercábamos a la ciudad, escuchamos un cañoneo. Un oficial ordenó a los sanos que salieran a consolar a los débiles, diciéndoles que pronto habrá un bosque donde podrán descansar. Sabía que el Ejército Rojo tenía que aparecer en cualquier momento y por eso se volvió tan bueno. El judío de Varsovia y yo no pudimos ir más lejos y nos tumbamos en una zanja cercana, completamente resignados y desesperados. Un soldado se acercó a nosotros con un rifle y nos ordenó que nos pusiéramos de pie. Aún no sé de dónde saqué fuerzas para levantarme. De hecho, estábamos entrando a la ciudad. Los soldados

habían desaparecido. Una alemana nos dio a los dos dos manojos de rábanos rojos. Para nosotros fue como maná del cielo. Luego, un panadero alemán nos dio de comer. Resulta que fue denunciado por esconder a prisioneros fugados del campo, porque llegó la policía y nos detuvo. De repente empezaron a caer bombas y ráfagas de artillería, los policías huyeron y pasamos la noche cerca del horno, en la panadería. Al amanecer, el Ejército Rojo entró en la ciudad.

Esto sucedió el 21 de abril de 1945.

Estuve en la ciudad alemana durante cuatro semanas, hasta que recuperé fuerzas y pude entrar en Polonia. Pensé que encontraría en Kutno a un miembro vivo de mi gran familia. Desafortunadamente, todos habían fallecido. Me quedé con Opczynski unos seis meses, luego nos fuimos a Alemania y en 1949 emigré a Estados Unidos, donde permanezco hasta el día de hoy.